

Confieso que el tema del “autor” en psicoanálisis, me tiene realmente sin cuidado. Su inevitable referencia al “yo”, que es otra instancia que me aburre y a la propiedad privada que vincula al “autor” con el capitalismo transformaba el tema en algo que no me inspiraba ningún texto.

Ahora bien, confieso aquí también mi profunda admiración por una serie de la Televisión Española llamada “El ministerio del Tiempo”. En uno de sus episodios una joven que se reencuentra con un hombre al que hacía mucho que no veía, y hallándose frente al interés de saber cuál era su situación amorosa, le preguntó si tenía alguien que cuidara de sus desvelos. Me pareció una expresión maravillosa y que resultaba mucho mejor que preguntarle si estaba casado, tenía una amante, o si estaba enamorado.

Busqué la expresión en Google y me encontré con que era una frase del Cid Campeador.

Días después con la desolación de las primeras señales del otoño, estación de año que me deprime seriamente, escribí un poema en el que me lamentaba de que empezara a amarillear el fresno que hay en mi ventana. El poema terminaba con un verso que decía “Pero estás vos que “cuidás de mis desvelos”. La expresión “cuidás de mis desvelos” estaba comillada.

Le di a leer el poema a una amiga que me escribió, disculpándose por su ignorancia, y me preguntó el porqué de las comillas

La pregunta me dejó perplejo. No estaba dispuesto a retirar las comillas porque no quería que nadie pensara que era “yo” el que había concebido semejante frase. Vanidad de vanidades porque creo que he escrito alguna frase memorable, pero no esa. Y ya, hablando del “yo”, me metí en el laberinto de las negaciones.

Inmediatamente me pregunté por la autoría de quién me estaba preguntando. Y de pronto me encontré pensando en la cantidad de juglares que participaron en esa creación, cantando de pueblo en pueblo esa historia a semiescribir con la sola ayuda de la métrica y de la rima, que permitían pensar que la próxima vez se diría lo mismo. Gracias a la diosa de la memoria,

Mnemósine, madre de musas. Podía suceder en la planicie castellana, a la vera del Tajo, o en un pueblo andaluz.

Me di cuenta de que siempre pensaba en “un” juglar, como si ese representara a todos, con sus mismos vestidos, como en un naípe, como el Bululú. Como un antecedente de lo que después sería el autor. Me lo imaginaba también en un juzgado actual reclamando la autoría de la expresión

Ahora bien, dejar las comillas transformaba la expresión en cita. Y, como ocurrió con mi amiga, toda remisión suena erudita. Pero además, un poema no permite demasiado aclarar con una nota al pie la fuente de una cita, como sí lo exige un texto teórico. Es solo aceptada para un traductor o eventual editor, no para un autor.

Decidí dejar las comillas. Por suerte Google está para todos. Y, por otro lado también es lejana y casi imposible la publicación del poema. Esto es importante, porque todas estas cuestiones superyoicas y morales funcionan aunque el texto no se vaya a publicar nunca.

El anonimato del autor como problema aparece en varios otros lugares. Así algunos sostienen que Homero no fue una persona sino una serie de autores, también que el rey romano Numa Pompilio fueron, en realidad, varios reyes en el período de concreción de las primeras leyes, de ahí el nombre de Numa (derivado de nomos) y que el rey Tulio Hostilio, a su vez, fueron varios reyes en el período de las hostilidades que se sucedieron durante la primera expansión de Roma.. La diferencia sería que, en caso de ser así, de todas formas se inventó un nombre, a diferencia del tema del anonimato.

Un folclorista, y aquí sí que no puedo citar, (quisiera que haya sido Atahualpa) dijo que una canción popular se hace realmente tal cuando la gente la canta, la silba o la baila sin poder decir quién es el autor. De ahí que pensaba que una de sus obras era realmente popular cuando la gente se la apropiada y se olvidaba que era de él.

En un libro que escribí con Silvia Wainsztein en 1980 sobre el tema de la adolescencia expusimos varias ideas novedosas al pensar el tema desde la óptica lacaniana por primera vez. No fueron novedosas sino también peleadas. Décadas después me sorprendió que fueran repetidas en distintos ámbitos como algo sabido sin que se supiera que en algún momento habían sido pensadas por primera vez. Que nuestros nombres se habían olvidado. Me produjo una sensación extraña y lo llamativo es que varias personas me trataron de inocente diciendo que obviamente había muchos que si sabían quien había propuesto esas ideas por primera vez y no lo decían haciendo comentarios como que se les había ocurrido a ellos sin citar.

No es necesario recordar acá las relaciones entre el “yo” y la paranoia.

Un analista que vivió en París varias décadas me dijo que allí se acostumbra a no hacer muchos comentarios en público por temor al robo de ideas. Que cuando alguien presenta un trabajo se lo elogia o no, pero no mucho más por esa razón. Y que los analista hablan de de “sus”ideas” solo después de haberlas publicado.

El tema del autor interesa también en el derecho penal, para haber cometido un delito es necesario haber incurrido en efectuar, en ser sujeto de la acción, de un verbo específico establecido en el Código. Aunque haya coautorías, el sujeto del derecho penal es siempre individual.

Pero claro, existió Fuenteovejuna. ¿Quién mató al comendador?

Fuenteovejuna, señor. Todos de “totalidad” y todos de “cada uno”, señor.

En la antigüedad muchos pensaron la muerte como ir a dialogar con los inmortales y realmente todavía dialogamos con ellos. No se trata de que nosotros seamos los inmortales sino que los inmortales fueron sus textos, ni ellos ni nosotros. Gracias a la escritura. Pero también es cierto que un texto se hace inmortal por su contenido. Y creo que en nuestro campo, no vale la pena devanarse los sesos con el problema del nombre propio en relación a textos como los nuestros, pobres mortales. Escriben un nombre los textos

que podemos llamar con Heidegger, fundamentales. Que escriben conceptos que hacen más visible al objeto del campo de que se trata.

Por lo demás en términos borgianos todos escribimos para el olvido. La cuestión es no llegar demasiado rápido.